

venganza y acaso para asegurarse una superioridad ó un derecho de revancha.

La baronesa tenía un admirador apasionado en su cuñado el teniente general Hulot, venerable jefe de los granaderos de la guardia imperial, á quien darían el grado de mariscal durante los últimos días de su vida. Este anciano, después de haber mandado desde 1830 á 1834 la división militar donde se hallaban los departamentos bretones, teatro de sus hazañas en 1799 y en 1800, había ido á fijar su residencia en París al lado de su hermano, á quien profesaba un cariño fraternal. El corazón de este veterano simpatizaba con el de su cuñada, á quien admiraba como la más noble y la más santa criatura de su sexo. No se había casado porque había querido encontrar una segunda Adelina, buscada inútilmente á través de veinte países y de veinte campañas. Para no decaer en el ánimo del viejo republicano sin reproche y sin tacha, de quien Napoleón decía: «Ese valiente Hulot es el más testarudo de los republicanos, pero no me hará nunca traición», Adelina hubiera soportado sufrimientos mil veces más crueles que los que acababa de sufrir. Pero este anciano de setenta y dos años de edad, reventado por treinta campañas y herido por vigésima séptima vez en Waterloo, era un admirador de Adelina, pero no un protector. Entre otros achaques, el pobre conde tenía el de no oír, á no ser por medio de una trompetilla.

Mientras que el barón Hulot de Ervy fué guapo, las mujeres no ejercieron la menor influencia sobre su fortuna; pero á los cincuenta años es preciso contar con las dádivas. A esta edad el amor en los hombres se convierte en vicio, y suele ir acompañado de insensatas vanidades; de suerte que por esta época Adelina notó que su marido se tornaba increíblemente exigente en el vestir, se teñía los cabellos y las patillas y se ponía cinturones y corsés. En una palabra, que quería permanecer guapo á toda costa. Este culto por su persona, que tan criticado había sido antaño por el barón, llegó en él hasta la exageración. En fin, Adelina notó que el Pactolo que corría por casa de las queridas del barón tenía su origen en su casa propia. En ocho años había sido disipada una considerable fortuna tan radicalmente, que cuando la boda del joven Hulot, dos años antes, el barón se había visto obligado á confesar á su mujer que su sueldo constituía su única fortuna.

—¿A dónde iremos á parar de este modo?—le había preguntado Adelina.

—No temas—le había respondido el consejero de Estado.—Yo os entregaré mi sueldo y entablaré negocios para lograr la dote de Hortensia y asegurar nuestro porvenir.

La fe profunda de aquella mujer en el poder, en el valor, en el carácter y en las capacidades de su marido, había calmado esta inquietud momentánea.

## CAPÍTULO IV

Un carácter de solterona, original y sin embargo más común de lo que parece

Ahora debe concebirse perfectamente la naturaleza de las reflexiones de la baronesa y su llanto, después de la marcha de Crevel. La pobre mujer sabía que se hallaba hacía dos años en el fondo de un abismo, pero creía hallarse sola, no sabía cómo se había hecho el matrimonio de su hijo, ignoraba las relaciones de Héctor con la ávida Josefa y, finalmente, confiaba en que nadie en el mundo conocía sus dolores. Ahora bien, si Crevel hablaba tan ligeramente de las disipaciones del barón, Héctor iba á perder la consideración pública, y ella entreveía en las groseras palabras del antiguo perfumista irritado el odioso compadrazgo á que era debido el matrimonio del joven abogado. ¡Dos muchachas perdidas habían sido las sacerdotisas de aquel himeneo, propuesto en alguna orgía, en medio de las degradantes familiaridades de dos ancianos ebrios!

—¿De modo que olvida á Hortensia?—se dijo,—y sin embargo, la ve todos los días. ¿Le buscará tal vez un marido en casa de esas libertinas?

La madre, más fuerte que la mujer, hablaba sola en este momento, pues veía á Hortensia riéndose con su prima Bel con esa risa loca de la juventud indiferente, y sabía que esas risas nerviosas eran indicios tan terribles como las tristes meditaciones de un paseo solitario por el jardín.

Hortensia se parecía á su madre, pero tenía los cabellos dorados, rizados naturalmente y de una abundancia asombrosa. El brillo de sus carnes era semejante al del nácar y

se veía claramente que era el fruto de un matrimonio honrado, de un amor puro y noble en toda su extensión. Había un movimiento apasionado en su fisonomía, una alegría en sus facciones y tenía una frescura de vida y una riqueza de salud que vibraban en torno suyo y producían una especie de aureola. Hortensia atraía las miradas. Cuando sus ojos azules se fijaban en un transeunte, éste se estremecía involuntariamente. Por otra parte, su tez no estaba manchada por ninguna de esas pecas con que esas rubias doradas suelen pagar su blancura láctea. Alta, entrada en carnes sin ser gruesa, y de talle esbelto como el de su madre, merecía ese título de diosa tan prodigado en los antiguos autores. Así es que el que veía á Hortensia en la calle no podía detener esta exclamación: «¡Dios mío! ¡qué muchacha tan hermosa!» Era Hortensia tan verdaderamente inocente, que cuando volvía á casa solía decir: «Pero, mamá, ¿qué tienen todos para exclamar: ¡Qué muchacha tan hermosa! estando tú á mi lado? ¿No eres tú más guapa que yo?» Y en efecto, á los cuarenta y siete años cumplidos la baronesa podía ser preferida á su hija por los aficionados á puestas de sol, pues no había perdido ninguna de sus gracias.

Pensando en su hija, Adelina volvió al padre y le vio cayendo de día en día por grados hasta encenagarse en el lodo social y ser despedido algún día del ministerio. La idea de la caída de su ídolo, acompañada de una visión indistinta de las desgracias que Crevel le había profetizado, fué tan cruel para la pobre mujer, que perdió el conocimiento á la manera de los extáticos.

La prima Bel, con quien Hortensia hablaba, enviaba de cuando en cuando para saber cuando podrían volver al salón; pero su joven prima la distraía tanto con sus preguntas en el momento en que la baronesa volvió á abrir la puerta vidriera, que ni siquiera lo notó.

Isabel Fischer, cinco años más joven que la señora Hulot y sin embargo hija del mayor de los Fischer, estaba lejos de ser guapa como su prima; así es que siempre había tenido mucha envidia á su prima. La envidia formaba la base de aquel carácter lleno de excentricidades, palabra empleada por los ingleses para denominar las locuras, no de las casas pequeñas, sino las de las grandes. Aldeana de los Vosgos en toda la extensión de la palabra, delgada, morena, de cabellos negros y relucientes, cejas espesas y juntas, brazos lar-

gos y nervudos, pies gruesos y algunas arrugas en su cara larga y símica, tal es el retrato conciso de aquella virgen.

La familia, que vivía en comunidad, había inmolado á la muchacha vulgar por la muchacha bonita, al fruto áspero por la flor deslumbrante. Isabel trabajaba en la tierra cuando su prima era mimada; así es que ocurrió un día que, como hubiera hallado sola á Adelina, quiso arrancarle la nariz, una verdadera nariz griega que hasta las viejas admiraban. Aunque fué castigada por esta maldad, no por esto dejó de estropear las ropas y los collares de la privilegiada.

Cuando el fantástico matrimonio de su prima, Isabel se sometió, como se sometieron los hermanos de Napoleón ante el brillo del trono y el poder del mando. Adelina, buena y cariñosa como ella sola, se acordó de Isabel en París y la mandó á llamar, en 1809, con objeto de arrancarla á la miseria casándola. En la imposibilidad de casar tan pronto como deseaba Adelina á aquella muchacha de ojos negros y de espesas cejas, que no sabía leer ni escribir, el barón empezó por darle una profesión, poniendo á Isabel de aprendizaje en casa de los bordadores de la corte, los famosos Pons hermanos.

La prima, llamada Bel por abreviación, enérgica á la manera de las montañesas, al mismo tiempo que se hizo bordadora de oro y plata, tuvo la fuerza de voluntad de aprender á leer, á escribir y á contar, pues su primo el barón le había hecho ver la necesidad de poseer estos conocimientos para montar un taller de bordados. Quería hacer fortuna, y en dos años se metamorfoseó. En 1811, la aldeana fué una primera dependienta bastante gentil, bastante diestra y bastante inteligente.

Esta industria, llamada pasamanería de oro y de plata, comprendía las charreteras, las agujetas, los cordones, en fin, esa inmensa cantidad de cosas brillantes que relucían en los ricos uniformes del ejército francés y en los uniformes civiles. El emperador, como italiano amigo de los vestidos, había bordado de oro y plata todas las costuras de sus servidores, y su imperio comprendía ciento treinta y tres departamentos. Estas provisiones, hechas generalmente para los sastres ó directamente para los grandes dignatarios, constituían un comercio seguro.

En el momento en que la prima Bel, la obrera más hábil de la casa Pons, donde dirigía la fabricación, hubiese podido

establecerse, la derrota del emperador estalló. El olivo de la paz que tenían en la mano los Borbones asustó á Bel; temió una baja en aquel comercio, que no iba á tener ya más que ochenta y seis departamentos que explotar, en lugar de ciento treinta y tres, sin contar la enorme reducción del ejército. Espantada, finalmente, por los diversos azares de la industria, rehusó los ofrecimientos del barón, que la creyó loca. Bel justificó esta opinión riñendo con el señor Rivet, adquisidor de la casa Pons, con quien el barón quería asociarla, y volvió á ser sencilla obrera.

La familia Fischer había caído de nuevo en la situación de que el barón la había sacado.

Arruinados por la catástrofe de Fontainebleau, los tres Fischer sirvieron como desesperados en los cuerpos francos de 1815. El mayor, padre de Isabel, fué muerto. El padre de Adelina, condenado á muerte en consejo de guerra, huyó á Alemania y murió en Trèves en 1820. El menor, Johann, fué á París á implorar el amparo de la reina de la familia, que, según decían, nadaba en oro y que no aparecía nunca en las reuniones más que con diamantes en la cabeza y en la garganta, gruesos como avellanas y dados por Napoleón. Johann Fischer, que tenía entonces cuarenta y tres años, recibió del barón Hulot una suma de diez mil francos para empezar una pequeña empresa de forrajés en Versalles, obtenida en el ministerio de la Guerra por la influencia secreta de los amigos que el antiguo intendente general conservaba en él.

Estas desgracias de familia, el desfavor del barón Hulot, una certeza de ser poca cosa en aquel inmenso movimiento de hombres, de intereses y de negocios que hacen de París un infierno y un paraíso, domaron á Bel, que perdió entonces toda idea de lucha y de comparación con su prima, después de haber sentido las diversas superioridades de ésta; pero la envidia permaneció oculta en el fondo de su corazón, como un germen de peste que puede estallar y arrasar una villa, si se abre el fatal ovillo de lana donde está comprimido. De cuando en cuando se decía: «Adelina y yo somos de la misma sangre, nuestros padres eran hermanos; ella está en un palacio, y yo en una buhardilla». Pero todos los años, el día de su santo y á primeros de año, Bel recibía regalos de la baronesa y del barón; éste, excelente para con ella, le pagaba la leña para el invierno; el viejo

general Hulot la recibía un día en su casa á comer, y su cubierto estaba siempre puesto en casa de su prima. Se burlaban mucho de ella, pero no se avergonzaban. Finalmente, le había procurado su independencia en París, donde vivía á su gusto.

Esta joven tenía miedo, en efecto, á toda especie de yugo. ¿Que su prima le ofrecía tenerla en su casa?... Bel veía el cabestro de la mendicidad; muchas veces había resuelto el barón el problema de casarla; pero seducida al principio, se negaba en seguida temiendo que le reprochasen su falta de educación, su ignorancia y su falta de fortuna; finalmente, si la baronesa le hablaba de vivir con su tío y de cuidar de la casa en lugar de un ama de llaves que tenía que costar cara, ella respondía que aun estaba menos decidida á casarse de ese modo.

La prima Bel presentaba en las ideas esa singularidad que se observa en las naturalezas que se han desarrollado demasiado tarde y en los salvajes, que piensan mucho y hablan poco. Su inteligencia aldeana había adquirido, por otra parte, en las charlas del taller y con el roce con los obreros y las obreras, una cierta dosis del espíritu mordaz parisiense. Esta joven, cuyo carácter se parecía prodigiosamente al de los corsos, trabajada inútilmente por los instintos de las naturalezas fuertes, hubiese deseado proteger á un hombre débil; pero á fuerza de vivir en la capital, la capital la había cambiado exteriormente. El barniz parisiense no cuajaba en aquella alma vigorosamente templada. Dotada de una astucia que se había vuelto profunda, como todas las personas condenadas á un celibato real, con el giro picante que imprimía á sus ideas, hubiese parecido temible en otra situación. Mala, hubiese hecho reñir á la familia más unida.

Durante los primeros tiempos, cuando tuvo algunas esperanzas cuyo secreto no confió á nadie, se decidió á llevar corsés y á seguir las modas, y tuvo un período de esplendor durante el cual el barón la juzgó casadera. Isabel fué entonces la morena picante de la antigua novela francesa. Su mirada penetrante, su tez verdosa y su talle de caña, podían tentar á un mayor retirado; pero según decía ella, se contentó con su propia admiración. Por otra parte, acabó por considerar feliz su vida viendo cubiertas sus necesidades materiales, pues comía todos los días fuera de casa después

de haber trabajado desde el amanecer. Sólo tenía, pues, que procurarse el almuerzo y el alquiler de su casa, pues la vestían y le daban muchas de esas provisiones aceptables, como azúcar, vino, etc.

En 1837, después de veintisiete años de vida medio pagada por la familia Hulot y la familia Fischer, la prima Bel, resignada á no ser nada, se dejaba tratar sin cumplidos y hasta se negaba á asistir á las grandes comidas, prefiriendo la intimidad franca, á fin de evitar sufrimientos de amor propio. En casa del general Hulot, en la de Crevel, en la del joven Hulot, en la de Rivet, sucesor de Pons, con quien se había reconciliado, en la de la baronesa, en todas partes parecía ser de la casa. En fin, en todas partes sabía mimar á los criados dándoles propinas de cuando en cuando y hablando siempre con ellos algunos instantes antes de entrar en el salón. Esta familiaridad, por medio de la cual se ponía francamente al nivel de los criados, le procuraba su subalterna benevolencia, que es siempre esencial á los parásitos. Así es, que todo el mundo decía refiriéndose á ella: «Es una buena muchacha». Su complacencia sin límites, cuando no se la exigían, era, al igual que su falsa bondad, una necesidad de su situación. Al verse á merced de todo el mundo, había acabado por comprender la vida, y deseando agradar á todos, se reía con los jóvenes á quienes era simpática, á favor de una especie de pasteleo que les seduce siempre; adivinaba y secundaba sus deseos, se hacía su intérprete y la juzgaban una buena confidente, pues no les reñía nunca. Su absoluta discreción le valía la confianza de las gentes de edad madura, pues poseía, como Ninón, cualidades de hombre. En general, las confidencias se hacen más bien á los inferiores que á los superiores, porque se convierten en cómplices de nuestros pensamientos reservados y asisten á las deliberaciones; por eso Richelieu se consideró llegado al poder cuando tuvo derecho á asistir al consejo. Se creía á aquella muchacha dependiendo de tal modo de todo el mundo, que parecía condenada á un mutismo absoluto. La prima se llamaba á sí misma el confesonario de la familia. La baronesa era la única que, recordando los malos tratos que había recibido durante su infancia de su prima, que era más fuerte que ella, aunque más joven, conservaba una especie de desconfianza; eso sin contar con que, por pudor, sólo á Dios hubiese confiado sus pesares domésticos.

Aquí es tal vez preciso advertir que la casa de la baronesa conservaba todo su esplendor á los ojos de la prima Bel, la cual no había notado, como el advenedizo perfumista, la angustia escrita en los sofás rozados, en los cortinajes ennegrecidos y en la seda descolorida. Ocurre con el mobiliario que vemos todos los días como con nosotros mismos. Examinándose uno todos los días, acaba, como el barón, por creerse poco cambiado y joven, cuando los demás ven en nuestras cabezas una cabellera parda, acentos circunflejos en nuestra frente y mucho tejido adiposo en nuestro abdomen. Aquella habitación, iluminada siempre para la prima Bel por los fuegos de Bengala de las victorias imperiales, seguía resplandeciendo.

Con el tiempo, la prima Bel había contraído manías de solterona bastante raras. Por ejemplo, en lugar de obedecer á la moda, quería que ésta se sujetase á sus costumbres y á sus caprichos, siempre atrasados.

Si la baronesa le daba algún bonito sombrero nuevo ó algún traje de moda, inmediatamente la prima Bel lo modificaba todo en su casa á su modo y lo estropeaba haciéndose un vestido que participaba de las modas imperiales y de sus antiguos trajes loreneses. El sombrero de treinta francos se convertía en un pingajo, y el vestido en un andrajo. En este punto Bel era testaruda como una mula; deseaba ir á su gusto y se creía encantadora de aquel modo, cuando en realidad sus gustos, armoniosos en cuanto la convertían en completa solterona, la hacían tan ridícula, que nadie podía admitirla en su casa los días de gala, aun cuando estuviese animado de los mejores deseos.

Su espíritu rígido, caprichoso é independiente, y la inexplicable fiereza de aquella muchacha á quien el barón había buscado cuatro veces marido (un empleado, un mayor, un factor de utensilios y un capitán retirado), y que había rechazado á un comerciante que llegó después á ser rico, le valía el nombre de Cabra que el barón le daba riéndose. Pero este apodo sólo respondía á las extravagancias de la superficie, á esas variaciones que nos notamos todos unos á otros en sociedad. Aquella muchacha, que, bien observada, dejaba ver el lado feroz de la clase aldeana, seguía siendo la niña que quería arrancarle la nariz á su prima y que, de no haberse hecho razonable, tal vez la hubiese matado algún día en medio de un paroxismo de envidia. El conocimiento

de las leyes y del mundo era lo único que la movía á domar esa impetuosa natural con que las gentes del campo pasan, al igual que los salvajes, del sentimiento á la acción. Tal vez consiste en esto toda la diferencia que separa al hombre natural del hombre civilizado. El salvaje no tiene más que sentimientos, mientras que el hombre civilizado tiene sentimientos é ideas. Así, en los salvajes el cerebro recibe pocas impresiones, perteneciendo por entero al sentimiento que lo invade, mientras que en el hombre civilizado las ideas influyen sobre el corazón transformándolo é introduciendo en él mil intereses y mil sentimientos, cuando el del salvaje sólo admite una idea á la vez. Esta es la causa de la superioridad momentánea del niño sobre los padres, la cual cesa con el deseo satisfecho, mientras que en el hombre salvaje esta causa es continua. La prima Bel, la salvaje lorenesa, un tanto traidora, pertenecía á esa categoría de caracteres, más comunes en el pueblo de lo que parece, que pueden explicar su conducta en las revoluciones.

En el momento en que comienza esta escena, si la prima Bel hubiese querido dejarse vestir á la moda, si se hubiese acostumbrado como los parisienses á llevar las novedades introducidas en el vestir, hubiese sido presentable y aceptable, pero conservaba la rigidez de una estaca. Ahora bien, la mujer sin gracias no es mujer en París; de modo que la cabellera negra, los hermosos ojos, la rigidez de las líneas del rostro, la sequedad calabresa de la tez, que convertían á la prima Bel en una figura del Giotto y que hubieran sido medios de sacar partido para una parisiense, y sobre todo su raro modo de vestir, le daban una apariencia tan extraña, que á veces se parecía á esos monos vestidos de mujer que suelen llevar los saboyanos. Como era muy conocida en las casas unidas por lazos de familia que frecuentaba, y como restringía sus evoluciones sociales á aquel círculo, sus rarezas no extrañaban ya á nadie, y fuera pasaban desapercibidas en medio del inmenso movimiento parisiense de la calle, donde sólo se mira á las mujeres bonitas.

La risa de Hortensia era producida en aquel momento por un triunfo obtenido sobre la obstinación de la prima Bel, la cual acababa de hacer una confesión que aquélla le exigía hacía tres años. Por disimulada que sea una solterona, existe un sentimiento que le hará siempre cometer indiscreciones, y este sentimiento es la vanidad. Hacía tres años que

Hortensia, que se había vuelto excesivamente curiosa en cierta materia, asediaba á su prima con preguntas que, por lo demás, denotaban una perfecta inocencia: quería saber por qué su prima no se había casado. Hortensia, que conocía la historia de los cinco pretendientes rechazados, se había creado su pequeña novela y suponía á la prima Bel dominada por alguna pasión, resultando de aquí continua materia de bromas. Hortensia decía hablando de ella y de su prima: «Nosotras, las solteras», y en varias ocasiones la prima Bel le había respondido: «¿Quién le dice á usted que no tengo yo un novio?» Falso ó verdadero, el novio de la prima Bel fué objeto desde entonces de continuas burlas. En fin, después de dos años de esta pequeña guerra, la última vez que la prima Bel había ido á casa de Hortensia, ésta empezó por decirle:

—¿Cómo está tu enamorado?

—Bien—le respondió,—aunque el pobre joven sufre un poco.

—¡Ah! ¿es delicado?—le había preguntado la baronesa riéndose.

—Ya lo creo, es rubio... Una negrita como yo no puede amar más que á un rubito que tenga el color de la luna.

—Pero ¿qué es? ¿qué hace?—le preguntó Hortensia.—¿Es algún príncipe?

—Sí, es un príncipe de la herramienta, como soy yo la reina de la canilla. ¿Puede, acaso, una pobre muchacha como yo ser amada por algún propietario que tenga rentas, por algún duque ó algún par, ó por algún príncipe de esos que tú te forjas en tus cuentos de hadas?

—¡Oh! ¡cuánto me gustaría verle!—había exclamado Hortensia sonriéndose.

—¿Para qué? ¿para saber cómo es el hombre que puede amar á una vieja cabra como yo?—había respondido la prima Bel.

—Debe ser algún viejo empleado, con una barba como un macho cabrío—dijo Hortensia mirando á su madre.

—Se engaña usted, señorita.

—Pero ¿tienes de veras novio?—había preguntado Hortensia con aire triunfal.

—Tan cierto como tú no lo tienes—había respondido la prima con acento picado.

—Pero, dime, Bel: si tienes un novio, ¿por qué no te ca-

sas?—había dicho la baronesa haciendo una seña á su hija.  
—Hace ya tres años que se habla de él, has tenido tiempo para estudiarle, y si te ha sido fiel no deberías prolongar una situación molesta para él. Por otra parte, es una cuestión de conciencia, pues si es joven, ya es tiempo de que busques un báculo para la vejez.

La prima Bel había mirado fijamente á la baronesa, y al ver que se reía, le había contestado:

—Sería unir el hambre con la necesidad, porque él es obrero y yo soy obrera, y si tuviésemos hijos, tendrían que ser obreros. No, no; nos amamos platónicamente, y así nos resulta menos caro.

—¿Por qué lo escondes?—le había preguntado Hortensia.

—Viste blusa—había replicado la solterona riéndose.

—¿Le amas?—le había preguntado la baronesa.

—Ya lo creo que le amo. Hace cuatro años que ocupa por entero mi corazón.

—Pues bien, si le quieres, si existe, serías muy criminal para con él—había dicho gravemente la baronesa.—Tú no sabes lo que es querer.

—Ya lo creo; todas sabemos ese oficio al nacer—dijo la prima.

—No; hay mujeres que quieren y que siguen siendo egoístas, y tú eres una de ellas.

La prima había bajado la cabeza y su mirada hubiese hecho temblar al que la hubiese recibido; pero había mirado su canilla.

—Presentándonos á tu pretendido enamorado, Héctor podía colocarle y ponerle en situación de hacer fortuna.

—No es posible—había dicho la prima Bel.

—Y ¿por qué?

—Es un polaco, un refugiado.

—¿Un conspirador!—había exclamado Hortensia.—¿Qué feliz eres! ¿Ha tenido aventuras?

—Se ha batido por Polonia. Era profesor del centro que empezó por revolucionarse, y como estaba colocado por el gran duque Constantino, no puede esperar perdón.

—¿Profesor de qué?

—De bellas artes.

—¿Y ha llegado á París después de la derrota?

—En 1833 había recorrido á pie toda Alemania.

—¿Pobre joven! ¿Y tiene?...

—Cuando la insurrección, tenía unos veinticuatro años, hoy tiene veintinueve.

—Quince años menos que tú—había dicho la baronesa.

—¿De qué vive?—había preguntado Hortensia.

—De su talento.

—¡Ah! ¿Da lecciones?

—No, las recibe, y bien duras.

—¿Y es bonito su nombre?

—Se llama Wenceslao.

—¿Qué imaginación tienen las solteronas!—había exclamado la baronesa.—Cualquiera te creería oyéndote hablar, Isabel.

—Mamá, ¿no ves que es un polaco tan acostumbrado al *knout*, que Bel le recuerda esta pequeña dulzura de su patria?

Las tres se habían puesto á reír; Hortensia cantó *¡Wenceslao, ídolo de mi alma!* en lugar de *¡Oh, Matilde!*... y hubo una especie de armisticio durante algunos instantes.

## CAPÍTULO V

### Entre soltera y solterona

—Estas muchachitas creen que sólo ellas pueden ser amadas—había dicho la prima Bel mirando á Hortensia cuando ésta volvió á su lado.

—Mira—le había respondido Hortensia al hallarse sola con su prima,—pruébame que Wenceslao no es cuento, y te doy mi chal de cachemira amarillo.

—Pero si es conde.

—¡Oh! todos los polacos son condes.

—No es polaco, es de Li... va... Li...

—¿Lituania?

—No.

—¿Livonia?

—Eso.

—Pero ¿cómo se llama?

—Vamos, quiero saber si eres capaz de guardar un secreto.

—¡Oh! prima, seré muda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30900

- ¿Como un pez?  
 —Como un pez.  
 —¿Por tú vida eterna?  
 —Por mi vida eterna.  
 —No; ¿por tu dicha en la tierra?  
 —Sí.  
 —Pues bien, se llama Wenceslao Steinbock.  
 —Había un general de Carlos XII que llevaba ese nombre.

—Era un tío segundo suyo. Su padre se había establecido en Livonia después de la muerte del rey de Suecia, pero perdió su fortuna cuando la campaña de 1812, y murió dejando al pobre muchacho sin recursos y á la edad de ocho años. A causa del nombre de Steinbock, el gran duque Constantino lo tomó bajo su protección y lo metió en un colegio.

—No me desdigo—había respondido Hortensia;—dame una prueba de su existencia y tendrás mi chal amarillo. ¡Oh! este color es el que mejor sienta á las morenas.

—¿Me guardarás el secreto?

—Sí, y te contaré los míos.

—Pues bien, la primera vez que venga traeré la prueba.

—Pero la prueba ha de ser el novio—había dicho Hortensia.

La prima Bel, ansiosa desde su llegada á París de poseer una cachemira, había sido fascinada por la idea de poseer la que el barón le había dado á su mujer en 1808, la cual, según ocurre en las familias, había pasado de la madre á la hija en 1830. En diez años el chal se había estropeado bastante; pero como estaba guardado siempre en un baúl de sándalo, á la solterona le parecía nuevo, lo mismo que el salón de la baronesa. Isabel contaba hacer un regalo á la baronesa el día de su cumpleaños, el cual regalo debía probar, según ella, la existencia del fantástico novio.

Este regalo consistía en un sello de plata, compuesto de tres figuritas envueltas en follaje que sostenían el globo. Aquellos tres personajes representaban la fe, la esperanza y la caridad. Los pies descansaban en monstruos que se despedazaban, entre los cuales se agitaba la simbólica serpiente. En 1846, después del inmenso paso que hicieron dar al arte de Benvenuto Cellini, la señorita de Fauveau, los Wagner, los Jeanest, los Froment-Meurice y escultores en madera

como Lienard, aquella obra maestra no sorprendería á nadie; pero en aquel momento, una joven experta en joyería debió quedar asombrada al ver aquel sello cuando la prima Bel se lo presentó, diciéndole:

—Toma, ¿qué te parece?

Las figuras, por su dibujo, por sus ropajes y por sus actitudes, pertenecían á la escuela de Rafael, y por su ejecución recordaban la escuela de los bronceístas florentinos, que fué creada por los Donatello, Brunnelleschi, Ghiberti, Benvenuto Cellini, Juan de Bolonia, etc. El renacimiento en Francia no había fundido monstruos más caprichosos que los que simbolizaban las malas pasiones: las palmas, las yerbas, los juncos y las cañas que envolvían á las virtudes eran de un efecto y de un gusto verdaderamente sorprendente. Una cinta unía las tres cabezas entre sí, y en los lugares de la cinta comprendidos entre las cabezas, se veía grabada una W, una gamuza y la palabra *fecit*.

—¿Quién ha esculpido esto?—preguntó Hortensia.

—Mi novio—respondió la prima Bel.—Le ha costado diez meses de trabajo. Y por eso he tenido yo que trabajar más este tiempo... Me ha dicho que Steinbock significaba en alemán *animal de las rocas* ó gamuza. Piensa firmar de este modo todas sus obras. ¡Ah! ahora sí que tendré tu chal.

—¿Y por qué?

—¿Puedo yo acaso comprar una joya semejante ó encargarla? No, no es posible, luego me la ha dado él. ¿Quién puede hacer semejantes regalos más que un novio?

Empleando un disimulo que hubiera asustado ciertamente á Isabel Fischer si lo hubiera notado, Hortensia se guardó bien de expresar toda su admiración, aunque sentía esa sorpresa que se apodera de las gentes cuya alma sabe sentir lo bello cuando ven una obra maestra sin defectos, completa, inesperada.

—Sí, muy bonito—repuso la solterona,—pero yo prefiero una cachemira de color de naranja. Mira, mi novio pasa el tiempo haciendo cosas de esas. Desde su llegada á París ha hecho tres ó cuatro tonterías de esta clase, y esto es todo el fruto de cuatro años de estudios y de trabajos. Ha estado de aprendiz en casa de unos fundidores y de unos joyeros. ¡Bah! han pasado las mil y una cosas. Ahora acaba de decirme que dentro de pocos meses será rico y célebre.

—Pero ¿es que lo ves?

—Toma, ¿crees acaso que es esto una fábula? En broma en broma, te he dicho la verdad.

—¿Y te quiere?—se apresuró á preguntarle Hortensia.

—Me adora—respondió la prima tomando una actitud seria.—Mira, hija mía, él no ha conocido más que mujeres pálidas y sosas, como son todas las del Norte, y una muchacha morena, esbelta y joven como yo le ha inflamado el corazón. Pero ¡chitón! me lo has prometido.

—Ocurrirá con ese como con los otros cinco—dijo Hortensia con aire burlón, mirando el sello.

—Seis, señorita, porque dejé uno en Lorena que por mí hubiera ido á buscar la luna.

—Ese hace más—dijo Hortensia,—porque te trae el sol.

Estas bromas continuadas y seguidas de las locuras que se pueden adivinar originaban aquellas risas que redoblaban las angustias de la baronesa, haciéndola comparar el porvenir de su hija con el presente, en que la veía entregándose á toda la alegría propia de su edad.

—Pero para ofrecerte joyas que exigen seis meses de trabajo, muchos favores debe deberte—preguntó Hortensia, á quien aquella alhaja la hacía reflexionar profundamente.

—¡Ah! quieres saber demasiadas cosas de una vez—le respondió la prima Bel.—Pero mira, quiero que tomes parte en un complot.

—¿Estaré con tu novio?

—¡Ah! ¡cuánto deseas verle! Pero ya comprenderás que una solterona como vuestra Bel, que ha sabido guardar un novio durante cinco años, lo ha de ocultar muy bien; así es que déjame tranquila. Mira, yo no tengo gata, ni canario, ni perro, ni loro, y una vieja como yo bien necesita alguien en quien poner su cariño; por eso me he procurado un pollaco.

—¿Tiene bigote?

—Largo como esto—dijo Bel señalando una cestilla cargada de hilos de oro, pues acostumbraba siempre á llevar consigo su labor y trabajaba mientras esperaba la comida.—Pero si sigues haciéndome siempre preguntas, no sabrás nada. No tienes más que veintidós años y eres más charlatana que yo, que tengo cuarenta y dos, y hasta cuarenta y tres.

—Escucho, soy de piedra—dijo Hortensia.

—Mi novio está haciendo ahora un grupo de bronce de

diez pulgadas de alto—repuso Bel.—Representa á Sansón desgarrando á un león, y lo ha enterrado para que se ponga mohoso, á fin de hacer creer que es tan viejo como Sansón. Esta obra maestra está expuesta en la tienda de un anticuario de la plaza del Carrousel, cerca de mi casa. Si tu padre, que conoce al señor Popinot, ministro de Agricultura, ó al conde de Rastignac, quisiese hablarles de este grupo como de una obra antigua que hubiese visto al pasar (al parecer los grandes personajes se dedican á estos artículos), mi novio haría su fortuna si comprasen ó si fuesen al menos á examinar ese mal pedazo de cobre. El pobre muchacho afirma que tomarían esa tontería por antigua y que la pagarían muy cara, y que en este caso, si algún ministro compra el grupo, él iría á presentarse, probaría que es el autor y sería llevado en triunfo. ¡Oh! el pobre tiene orgullo y se cree ya en el pináculo.

—Quiere hacer lo que Miguel Angel; pero para estar enamorado no ha perdido el ingenio—dijo Hortensia.—¿Y cuánto quiere por él?

—Mil quinientos francos. El tendero no debe darlo por menos, porque tiene que cobrar la comisión.

—Papá es en este momento comisionista del rey, ve todos los días á los dos ministros y yo me encargo de que haga tu negocio—dijo Hortensia.—Será usted rica, señora condesa de Steinbock.

—¡Oh! no, mi hombre es demasiado perezoso, se pasa semanas enteras modelando cera y no adelanta nada. ¡Uf! se pasa la vida en el Louvre, en la biblioteca, contemplando láminas y dibujándolas. Es un callejero.

Y las dos primas continuaron bromeando. Hortensia se reía como cuando uno se esfuerza por reír, pues estaba invadida por un amor que todas las jóvenes han sentido, el amor de lo desconocido, el amor en el estado vago y cuyos pensamientos se concentran alrededor de una figura que les es arrojada por casualidad, como la florescencia de la helada se coloca en las pajitas suspendidas por el viento en el margen de una ventana. Desde hacía diez meses se había hecho un ser real del fantástico enamorado de su prima, por la razón que ella creía, como su madre, en el celibato perpetuo de su prima; y hacía ocho días que aquel fantasma se había convertido en el conde Wenceslao de Steinbock, el sueño tenía una partida de bautismo, el vapor se solidificaba en un

joven de treinta años. El sello que tenía en la mano, especie de Anunciación donde el genio relucía como la luz, tuvo el poder de un talismán. Hortensia se sentía tan feliz, que se permitió dudar que aquel cuento fuera historia; su sangre fermentaba, y reía como una loca para engañar á su prima.

—Pero me parece que la puerta del salón está abierta—dijo Bel;—vamos á ver si se ha marchado el señor Crevel.

—Mamá está muy triste desde hace dos días; sin duda se habrá roto el matrimonio de que se trataba.

—¡Bah! eso puede arreglarse; se trata (y esto puedo decírtelo) de un consejero de la corte real. ¿Te gustaría ser la señora presidenta? No te apures; si eso depende del señor Crevel, me dirá algo, y sabré si hay esperanzas...

—Prima, déjame el sello—dijo Hortensia,—no lo enseñaré á nadie... Dentro de un mes es el santo de mamá, y te lo devolveré por la mañana.

—No, devuélvemelo... necesito un estuche.

—No, se lo enseñaré á papá para que pueda hablar al ministro con conocimiento de causa, pues las autoridades no deben comprometerse—dijo Hortensia.

—Bueno; pero no se lo enseñes á tu madre, eso es todo lo que te pido, pues si supiese que tengo un novio, se burlaría de mí.

—Te lo prometo.

Las dos primas llegaron á la puerta del gabinete en el momento en que la baronesa acababa de desmayarse, y el grito que arrojó Hortensia bastó para hacerle volver en sí. Bel fué á buscar sales. Cuando volvió encontró á la madre y á la hija en brazos una de otra, la madre calmando los temores de su hija y diciéndole:

—Esto no es nada, es una crisis nerviosa. Ya está aquí tu padre—añadió reconociendo la manera de llamar del barón;—sobre todo, no le hables de esto.

Adelina se levantó para ir al encuentro de su marido, con la intención de llevarlo al jardín, esperando la comida, y hablarle del matrimonio deshecho, de hacer que se explicase sobre el porvenir y de tratar de darle algunos consejos.

El barón Hulot se presentó en actitud parlamentaria y napoleónica, pues se distingue fácilmente á los imperiales (gente adicta al imperio) por su comba militar, por sus vestidos azules con botones de oro abrochados hasta el cuello, por sus corbatas de tafetán negro y por el paso lleno de

autoridad que han contraído á causa de la costumbre del mando despótico exigido por las apuradas circunstancias en que se han hallado. En el barón, preciso es convenir en ello, nada hacía adivinar al viejo: su vista era aún tan buena, que leía sin lentes; su hermosa cara oblonga, encuadrada por unas patillas muy negras ¡ay de mí! ofrecía una encarnación animada por las marmoraciones que señalan á los temperamentos sanguíneos, y su vientre, comprimido por un cinturón, se mantenía, como dice Brillant-Savarin, majestuosamente. Un gran aire aristocrático y mucha afabilidad servían de envoltura al libertino con quien Crevel había hecho tantas locuras. Era uno de esos hombres cuyos ojos se animan á la vista de una mujer bonita, y que sonríen á todas las hermosas, hasta á las que pasan y no volverán á ver ya más.

—¿Has hablado, amigo mío?—le dijo Adelina al verle pensativo.

—No—respondió Héctor,—pero estoy cansado de haber oído hablar durante dos horas sin llegar á un voto... Tienen combate de palabras en que los discursos son como cargas de caballería que no dispersan al enemigo. Han substituído la palabra á la acción, lo cual alegra poco á las gentes acostumbradas á adelantar, como le decía al mariscal al despedirme de él. Pero ya que nos hemos aburrido en los bancos de los ministros, divirtámonos aquí...—¡Buenos días, Cabra; buenos días, Cabritilla!

Y cogió á su hija por el cuello, la abrazó, la inquietó, la sentó en sus rodillas y colocó su cabeza en sus espaldas para sentir aquella cabellera de oro en su rostro.

—Está fastidiado, cansado—se dijo la señora Hulot,—y voy á fastidiarlo aún más; esperemos.—¿Te quedarás con nosotros esta noche?—le preguntó en voz alta.

—No, hijas mías. Después de comer os dejaré, y si no fuese el día de la Cabra, de mis hijos y de mi hermano, no me hubieseis visto.

La baronesa cogió el periódico, miró los espectáculos y colocó la hoja donde había visto *Roberto el Diablo* anunciado en la Ópera. Josefa, que había pasado de la Ópera italiana á la Ópera francesa, cantaba el papel de Alicia. Esta pantomima no pasó desapercibida para el barón, que miró fijamente á su mujer. Adelina bajó los ojos, salió al jardín y su esposo la siguió.

—Vamos á ver, ¿qué hay, Adelina?—dijo cogiéndola por

el talle, atrayéndola hacia sí y abrazándola.—¿No sabes que te amo más que?...

—¿Más que á Jenny Cadine y á Josefa?—respondió ella con atrevimiento, interrumpiéndole.

—¿Quién te ha dicho eso?—le preguntó el barón, el cual, soltando á su mujer, retrocedió dos pasos.

—Me han escrito una carta anónima, que he quemado, donde me decían, amigo mío, que el matrimonio de Hortensia se ha deshecho á causa de la penuria en que estamos. Tu mujer, amigo mío, no te hubiese dicho nunca una palabra; ha sabido tus relaciones con Jenny Cadine y ¿se ha quejado nunca? Pero la madre de Hortensia debe decirte la verdad...

Hulot, después de un momento de silencio, terrible para su mujer, cuyos latidos de corazón se oían, descruzó los brazos, la cogió, la estrechó contra su corazón, la besó en la frente, y le dijo con esa fuerza exaltada que presta el entusiasmo:

—Adelina, ¡eres un ángel, y yo soy un miserable!...

—¡No, no!—le respondió la baronesa poniéndole bruscamente una mano en los labios para no dejarle decir mal de él mismo.

—Sí, en este momento no tengo ni un céntimo para dar á Hortensia, y soy muy desgraciado; pero puesto que me abres así tu corazón, puedo verter en él penas que me ahogaban... Si tu tío Fischer se ve apurado, yo tengo la culpa; ¡ha firmado por mí veinticinco mil francos en letras de cambio! Y todo esto para una mujer que me engaña, que se burla de mí cuando estoy fuera y que me llama viejo *gato teñido*! ¡Oh! ¡es horrible que cueste más satisfacer un vicio que alimentar una familia! Y es irresistible... Te prometería ahora no volver jamás á casa de esa abominable israelita, y si me escribiese dos líneas, iría, como entraba uno en fuego cuando el emperador.

—No te atormentes, Hulot—dijo la pobre mujer desesperada, olvidando á su hija al ver que asomaban las lágrimas á los ojos de su marido.—Toma, aún tengo mis diamantes, salva ante todo á mi tío.

—Tus diamantes apenas valen veinte mil francos, y esto no bastaría hoy al padre Fischer; así es que guárdalos para Hortensia, ya veré mañana al mariscal.

—¡Pobre amigo mío!—exclamó la baronesa cogiendo á su marido por las manos y besándoselas.

Esta fué toda la reprensión. Adelina ofrecía sus diamantes y el padre se los daba á Hortensia; la mujer consideró aquel esfuerzo como sublime, y quedó sin fuerzas. «Es el amo y puede coger todo lo que hay aquí; me deja mis diamantes, es un Dios».

Tal fué el pensamiento de aquella mujer, que ciertamente había obtenido más con su dulzura que otra con alguna cólera celosa.

El moralista no podría negar que generalmente las personas bien educadas y muy viciosas son mucho más amables que las gentes virtuosas; como tienen crímenes que purgar, solicitan por previsión la indulgencia mostrándose benévolos con los defectos de sus jueces, y pasan por ser excelentes. Aunque haya personas muy encantadoras éntre las gentes virtuosas, la virtud se cree bastante hermosa por sí misma para dispensarse de dar pruebas. Además, las gentes realmente virtuosas, pues es preciso excluir á los hipócritas, tienen casi todos ligeras sospechas sobre su situación; se creen burlados en el gran mercado de la vida, y tienen palabras agrídulces á la manera de las gentes que pretenden que son desconocidas. Así es que el barón, que se reprochaba la ruina de su familia, desplegó todos los recursos de su inteligencia y de sus gracias de seductor con su mujer, con sus hijos y con su prima Bel. Al ver venir á su hijo y á Celestina Crevel, que amamantaba á un pequeño Hulot, estuvo encantador con su nuera; la colmó de cumplimientos, aliente al que no estaba acostumbrada la vanidad de Celestina, pues jamás joven adinerada fué tan vulgar ni tan perfectamente insignificante. El abuelo tomó el chiquillo, lo besó, lo encontró delicioso y encantador; le habló el lenguaje de las nodrizas, profetizó que aquel niño sería más grande que él, dirigió halagos á su hijo Hulot, y entregó el niño á la gruesa normanda encargada de cuidar de él. Celestina cambió con la baronesa una mirada que quería decir: «¡Qué hombre tan encantador!» y defendía á su suegro contra los ataques de su propio padre.

Después de haberse mostrado suegro agradable y abuelo halagador, el barón condujo á su hijo al jardín para hacerle observaciones llenas de sentido acerca de la actitud que debía tomar en las cortes sobre una circunstancia delicada surgida por la mañana. Llenó de admiración al joven abogado con la profundidad de sus miras, lo enterneció, con su tono

amistoso, y sobre todo con la especie de expresión con que parecía querer ponerlo á su nivel en lo sucesivo.

El señor Hulot, hijo, era el joven tal como lo ha fabricado la revolución de 1830: el espíritu infatuado de política, respetuoso con sus esperanzas y conteniéndolas bajo una falsa gravedad, muy envidioso de las reputaciones hechas, soltando frases en lugar de esas palabras incisivas, los diamantes de la conversación francesa, pero lleno de delicadeza y tomando el ceño por dignidad. Estas personas son sepulcros ambulantes que contienen un francés de antaño; el francés se agita por momentos y da golpes contra su envoltura inglesa; pero la ambición le detiene y consiente en disimular. Este sepulcro va siempre vestido de negro.

—¡Ah! ya está aquí mi hermano—dijo el barón yendo á recibir al conde á la puerta del salón.

Después de haber abrazado al sucesor probable del mariscal Montcornet, se lo llevó, cogiéndolo por el brazo con demostraciones de afecto y de respecto.

Este par de Francia, que estaba dispensado de ir á las sesiones á causa de su sordera, mostraba una hermosa cabeza enfriada por los años, de cabellos grises bastante abundantes aún para que pudiesen estar como pegados por la presión del sombrero. Pequeño, rechoncho, pero un tanto enflaquecido, llevaba su verde vejez con aire vivaracho; y como conservaba una excesiva actividad condenada al reposo, dividía su tiempo entre la lectura y el paseo. Las costumbres tranquilas se veían en su blanco rostro, en su actitud, en su agradable conversación llena de cosas sensatas. No hablaba nunca de la guerra ni de campaña; sabía que era ya demasiado tarde para hacerse el grande. En un salón, limitaba su papel á una observación continua de los deseos de las mujeres.

—Estáis todos contentos—dijo el conde al ver la animación que el barón extendía en aquella pequeña reunión de familia.—Sin embargo, Hortensia no está casada—añadió al reconocer en el rostro de su cuñada trazas de melancolía.

—Eso vendrá siempre demasiado pronto—le gritó al oído la prima Bel de un modo formidable.

—¿Está usted aquí, mal grano que no ha querido florecer?—respondió riendo.

El héroe de Forzheim quería bastante á la prima Bel, pues encontraba, entre los dos, semejanzas. Sin educación y

salido del pueblo, su valor había sido la única base de su fortuna militar, y su buen sentido pasaba por listeza. Lleno de honor y con las manos puras, terminaba radiantemente su hermosa vida en medio de aquella familia donde estaban concentradas todas sus afecciones, sin sospechar aún los extravíos secretos de su hermano. Nadie gozaba más que él del espectáculo de aquella reunión, donde nunca se promovía el menor objeto de discordia, donde hermanos y hermanas se amaban igualmente, pues Celestina había sido considerada como de la familia. Por eso el bravo y pequeño conde de Hulot preguntaba de vez en cuando por qué no iba el padre Crevel.

—Mi padre está en el campo—le gritaba Celestina.

Esta vez le dijeron que el antiguo perfumista viajaba.

Aquella unión tan verdadera de la familia hizo pensar lo siguiente á la señora Hulot: «Hé aquí la más segura de las dichas, y ésta ¿quién podrá quitárnosla?»

Al ver á su favorita Adelina siendo objeto de las atenciones del barón, el general se burló tan bien de ello, que el barón, temiendo el ridículo, dirigió su galantería á su nuera, la cual, en aquellas comidas de familia, era siempre el objeto de sus halagos y de sus cuidados, pues esperaba volver á atraerse por medio de su hija al padre Crevel y hacerle abjurar de todos sus resentimientos. Al que hubiera visto aquel interior de familia le habría costado trabajo creer que el padre se veía apurado, la madre desesperada, el hijo en el último grado de la inquietud acerca del porvenir de su padre, y la hija ocupada en robarle el novio á su prima.

## CAPÍTULO VI

Donde se ve que las mujeres bonitas salen al paso de los libertinos, del mismo modo que los tontos salen al encuentro de los bribones.

A las siete, al ver el barón á su hermano, á su hijo, á la baronesa y á Hortensia ocupados en jugar al *whist*, se fué para ir á aplaudir á su querida en la Opera, al mismo tiempo que acompañaba á su prima Bel, que vivía en la calle de Doyenné, y que pretextaba la soledad de este barrio para

irse siempre después de comer. Los parisienses confesarán todos que la prudencia de la solterona era racional.

La existencia del grupo de casas que hay á lo largo del viejo Louvre es una de esas protestas que les gusta hacer á los franceses contra el buen sentido, para que la Europa se tranquilice acerca de la dosis de inteligencia que se les concede y no las tema ya. Tal vez haya en esto, sin saberlo nosotros, algún gran pensamiento político. Seguramente que no sería un episodio la descripción de este rincón del París actual; pero más tarde no podrían imaginárselo, y nuestros nietos, que verán sin duda el Louvre terminado, se negarían á creer que semejante barbarie haya subsistido durante treinta y seis años en el corazón de París, enfrente del palacio donde tres dinastías han recibido durante estos últimos treinta y seis años, á lo más selecto de Francia y de Europa.

Desde el postigo que va del puente del Carrousel hasta la calle del Museo, todo hombre que haya estado algunos días en París se fija en una docena de casas de fachadas ruinosas, donde los propietarios desanimados no hacen ninguna reparación, y que son el residuo de un antiguo barrio en demolición desde el día en que Napoleón resolvió terminar el Louvre. La calle y el callejón del Doyenné, he aquí las únicas vías interiores de aquel conjunto sombrío y desierto, donde los habitantes son probablemente fantasmas, pues no se ve nunca á nadie. El pavimento, mucho más bajo que el de la calzada de la calle del Museo, se encuentra al nivel del de la calle de Froidmanteau. Enterradas ya por la elevación de la plaza, aquellas casas están cubiertas por la sombra eterna que proyectan las altas galerías del Louvre, ennegrecidas de este lado por el viento del norte. Las tinieblas, el silencio, el aire glacial, la profundidad cavernosa del suelo concurren á hacer de esas casas especies de criptas, de tumbas vivientes. Cuando pasa un cabriolé á lo largo de este semi-barrio muerto, y cuando la mirada penetra en la callejuela del Doyenné, el alma siente frío; se pregunta uno quien puede vivir allí, lo que debe pasar en ella por la noche, á la hora en que esta callejuela se convierte en una cueva de bandidos, y donde los vicios de París, cubiertos con el manto de la noche, obran á placer. Este problema, espantoso por sí mismo, se convierte en horrible cuando se ve que estas pretendidas casas tienen por cintura

un pantano del lado de las Tullerías, jardinitos y barracas siniestras del lado de las galerías, y *steppes* de piedra tallada y de demoliciones del lado del antiguo Louvre. Enrique III y sus hombres guapos que buscan sus calzones, los amantes de Margarita que buscan sus cabezas, deben bailar zarabandas al claro de luna en esos desiertos dominados por la bóveda de una capilla en pie aun, como para probar que la religión católica, tan arraigada en Francia, sobrevive á todo. Pronto hará cuarenta años que el Louvre grita por todas las aberturas de aquellas paredes despanzurradas, de aquellas ventanas abiertas: «¡Extirpad esas berrugas de mi presencia!» Se ha reconocido sin duda la utilidad de ese paso peligroso, y la necesidad de simbolizar en el corazón de París la alianza íntima de la miseria y del esplendor que caracteriza á la reina de las capitales. Al igual que estas ruinas frías, en el seno de las cuales el periódico de los legitimistas ha sido la causa primera de la enfermedad de que muere, las infames barracas de la calle del Museo, y el recinto de planchas de madera de los mercaderes allí construido, tendrán tal vez vida más larga y más próspera que las de las tres dinastías.

Desde 1823, la modicidad del alquiler de la casas condenadas á desaparecer había obligado á la prima Bel á habitar allí, á pesar de que el estado del barrio la hacía retirarse antes de que cerrase la noche. Esta necesidad se avenía, por otra parte, con la costumbre aldeana que había conservado de acostarse y levantarse con el sol, lo que procura á las gentes del campo notables economías acerca de la luz y la provisión de leña para el invierno. Vivía, pues, en una de las casas á las cuales la demolición del famoso palacio ocupado por Cambacerés ha devuelto la vista de la plaza.

En el momento en que el barón dejó á la prima de su mujer á la puerta de aquella casa, diciéndole: «¡Adiós, prima!», una joven, pequeña, esbelta, bonita, vestida con gran elegancia y exhalando un perfume exquisito, pasaba por entre el coche y la pared para entrar también en la casa. Esta mujer cambió sin ninguna especie de premeditación una mirada con el barón, únicamente para ver al primo de la inquilina; pero el libertino experimentó esa viva impresión, pasajera en todos los parisienses, cuando encuentran una mujer bonita que realiza, como dicen los entomologistas, su *desiderata*, y se puso con prudente lentitud un guante

antes de subir al coche, para adquirir una posición y poder seguir con la vista á la bonita mujer, cuyo vestido era agradablemente balanceado por otra cosa que por esos horribles y fraudulentos miriñaques de crinolina.

—He ahí—se decía,—una mujercita bonita á quien haría gustoso feliz, pues ella me haría feliz á mí.

Cuando la desconocida hubo llegado al descansillo de la escalera que correspondía al piso principal, miró á la puerta cochera con el raballo del ojo, y vió al barón clavado en su sitio por la admiración, y devorado por el deseo y la curiosidad. Esto es como una flor que todas las parisienses aspiran con placer al encontrarla á su paso. Ciertas mujeres, esclavas de sus deberes, virtuosas y bonitas, vuelven á su casa bastante enfadadas cuando no han recogido su ramito durante su paseo.

La joven subió rápidamente la escalera. En seguida abrió una ventana del segundo piso, y la joven apareció en ella, pero acompañada de un caballero, cuyo cráneo pelado y mirada poco enojada revelaban á un marido.

—¡Qué astutas y espirituales son esas criaturas!—se dijo el barón,—así me indica donde vive. Esto es demasiado peligroso, sobre todo en este barrio. Vayamos con cuidado.

El director levantó la cabeza cuando subió al coche, y entonces la mujer y el marido se retiraron vivamente, como si el rostro del barón hubiese producido en ellos el efecto mitológico de la cabeza de Medusa.

—Cualquiera diría que me conocen—pensó el barón,—y entonces todo se explicaría.

En efecto, cuando el coche hubo remontado la calzada de la calle del Museo, se inclinó para volver á ver á la desconocida, y la vió otra vez en la ventana. Avergonzada de verse sorprendida contemplando la capota bajo la cual estaba su admirador, la joven se echó vivamente hacia atrás.

—Sabré quien es por la Cabra—se dijo el barón.

La vista del consejero de Estado había producido, como va á verse, una sensación profunda á los dos esposos.

—Es el barón Hulot, el director de mis oficinas—exclamó el marido retirándose de la ventana.

—Escucha, Marneffe, ¿no es prima suya la solterona del tercer piso, que vive con un joven? ¡Qué raro es que no hayamos sabido eso hasta hoy, y por casualidad!

—¡Vivir con un joven la señorita Fischer!—repitió el empleado.—Son habladurías de portera; no hablemos tan ligeramente de la prima de un consejero de Estado que hace y deshace en el ministerio. Mira, vamos á comer, te estoy esperando desde las cuatro.

La linda señora Marneffe, hija natural del conde de Montcornet, uno de los lugartenientes más célebres de Napoleón, había sido casada, mediante una dote de veinte mil francos, con un empleado subalterno del ministerio de la Guerra. Por influencia del ilustre teniente general, mariscal de Francia durante los últimos seis meses de su vida, aquel burócrata había logrado la inesperada plaza de primer oficial de sus oficinas; pero en el momento de ser nombrado subjefe, la muerte del mariscal ha cortado de raíz las esperanzas de Marneffe y de su mujer. La exigüidad de la fortuna del señor Marneffe, que había agotado ya la dote de la señorita Valeria Fortin, ora en el pago de sus deudas como empleado, ya en las compras necesarias á todo soltero que monta una casa, pero, sobre todo, en las exigencias de una mujer bonita, acostumbrada en casa de su madre á goces á que no quería renunciar, había obligado al matrimonio á realizar economías en el alquiler. La situación de la calle del Doyenné, poco alejada del ministerio de la Guerra y del centro parisiense, agradó á los señores Marneffe, que hacía cuatro años que habitaban la casa de la señorita Fischer.

El señor don Juan Pablo Estanislao Marneffe pertenece á esa clase de empleados que se resiste al embrutecimiento de la especie mediante esa especie de poder que da la depravación. Aquel hombrecico delgado, con cabellos y barba poco espesos, cara descolorida y paliducha, más gastada que arrugada, ojos con párpados ligeramente enrojecidos y provistos de antiparras, de mezquino porte y de más mezquino talante, era la imagen del tipo que cada uno se forma de un hombre llevado á los tribunales por atentado á las costumbres.

La habitación ocupada por este matrimonio, tipo de muchos matrimonios parisienses, ofrecía las engañosas apariencias de ese falso lujo que reina en tantos interiores. En el salón los muebles tapizados con terciopelo de algodón pasado, las estatuillas de yeso simulando el bronce florentino, la araña mal cincelada con arandelas de cristal

fundido, la alfombra cuya baratura se comprendía gracias á la cantidad de algodón introducido por el fabricante y que se echaba de ver á simple vista, y hasta las cortinas, que os hubiesen hecho ver que al damasco de lana no le quedan tres años de esplendor, todo acusaba la miseria cual un pobre andrajoso á la puerta de una iglesia.

El comedor, mal cuidado por una sola criada, ofrecía el aspecto nauseabundo de los comedores de provincias, pues todo estaba allí grasiento y mal conservado.

El cuarto del señor, bastante semejante al cuarto de un estudiante, amueblado con una cama de soltero y un mobiliario ajado y gastado como su mismo amo, sólo se limpiaba una vez á la semana. Aquel horrible cuarto, en donde todo estaba tirado y en el que los calcetines sucios pendían de sillas con asiento de crin cuyas flores reaparecían dibujadas por el polvo, anunciaban por modo admirable al hombre que siente indiferencia por su hogar, porque permanece la mayor parte del tiempo fuera de su casa, entregado al juego ó á los cafés.

El cuarto de la señora era una excepción en medio de la degradante incuria que deshonraba la habitación oficial, donde las cortinas estaban amarillas del polvo y del humo y donde el niño, abandonado evidentemente á sí mismo, dejaba tirados sus juguetes por todas partes. Situados en el ala que unía, por una parte solamente, la casa edificada en la parte anterior de la calle con el cuerpo del edificio adosado al fondo del patio de la propiedad vecina, el dormitorio y el cuarto tocador de Valeria, elegantemente tendidos de sarga, con muebles de palisandro y alfombra de moqueta, denotaban la presencia de la mujer bonita, y, digámoslo, casi casi de la mujer entretenida. Sobre el tapete de terciopelo de la chimenea se elevaba el reloj de moda. Se veían también allí algunas jardineras de porcelana china lujosamente montadas. La cama, el tocador, el armario de luna y las mil obligadas chucherías, daban fe de las modas y caprichos de la época.

Aunque todo era de tercer orden en cuanto á riqueza y elegancia, y á pesar de que databa todo de tres años, un petimetre no hubiese podido oponer otro reparo que el de que aquel lujo estaba impregnado de plebeya vulgaridad. El arte, la distinción que resulta de las cosas que el gusto sabe apreciar, faltaban allí en absoluto. Un doctor en ciencias sociales hubiese adivinado al amante en algunas de aquellas futilida-

des de rica bisutería, que no pueden provenir más que de este semidiós, siempre ausente y siempre presente en casa de una mujer casada.

La comida que hicieron el marido, la mujer y el niño, aquella comida retrasada cuatro horas, hubiese puesto de manifiesto la crisis financiera que atravesaba aquella familia, pues la mesa es el termómetro más seguro de la fortuna en los hogares parisienses. Una sopa de hierbas hecha con caldo de judías, un pedazo de ternera con patatas inundadas de agua á guisa de salsa y un plato de judías, y cerezas de calidad inferior, servido todo y comido en platos y fuentes cascados, con los cubiertos poco sonoros y tristes de metal, ¿era acaso banquete digno de aquella mujer bonita? El barón hubiese llorado, si hubiese sido testigo de ella. Las garrafas empañadas no bastaban á ocultar el feo color del vino, tomado por litros en la taberna de la esquina. Las servilletas servían hacía una semana. En fin, que todo denotaba una miseria indigna, la indiferencia de la mujer y el marido por la familia. El observador más vulgar se hubiese dicho, al verles, que aquellos dos seres habían llegado á ese funesto momento en que la necesidad de vivir hace buscar una feliz truhanería.

La primera frase que Valeria dijo á su marido va á explicar, por otra parte, el retraso que había sufrido la comida, debido probablemente al interesado apego de la cocinera.

—Samanón no quiere aceptar tus letras á no ser al cincuenta por ciento, y pide en garantía una hipoteca de tu sueldo.

La miseria, secreta aun en casa del director de la guerra, donde tenía como escudo contra ella un sueldo de veinticuatro mil francos, había pues llegado á su último período en casa del empleado.

—¿Has hecho á mi director?—dijo el marido mirando á la mujer.

—Yo lo creo—respondió ella sin asombrarse de aquella palabra, tomada de la jerga de entre bastidores.

—¿Qué va á ser de nosotros?—repuso Marneffe.—El propietario nos embargará mañana.—Y tu padre, que tiene la ocurrencia de morir sin hacer testamento. La verdad es que esas gentes del Imperio se creen todos inmortales como su Emperador.

—¡Pobre padre mío! no tenía más hija que yo, y me quería

mucho. Pero la condesa habrá quemado el testamento. ¿Cómo había de olvidarme, él, que me daba de cuando en cuando tres ó cuatro billetes de mil francos cada vez?

—Debemos cuatro plazos, ó sea mil quinientos francos. ¿Los vale nuestro mobiliario? *That is the question*, ha dicho Shakespeare.

—Bueno; adiós, gatito mío—dijo Valeria, que no había tomado más que algunos bocados de ternera, cuya salsa había extraído la criada para un valiente soldado-vuelto de Argel.—A grandes males, grandes remedios.

—Valeria, ¿dónde vas?—exclamó Marneffe, interponiéndose entre su mujer y la puerta.

—Voy á ver á nuestro propietario—respondió arreglándose los cabellos debajo de su bonito sombrero.—Tú lo que debías hacer es captarte las simpatías de esa solterona, toda vez que es prima del director.

La ignorancia en que están los inquilinos de una misma casa de sus respectivas situaciones sociales, es uno de los hechos constantes que pueden dar una idea del atractivo de la vida parisiense; pero es fácil comprender que un empleado que va todos los días muy de mañana á su oficina, que vuelve á comer y que sale todas las tardes, y que una mujer entregada á los placeres de París, puedan no saber nada de una solterona albergada en el tercer piso, sobre todo cuando esta solterona tiene las costumbres de la señorita Fischer.

Isabel era la primera de la casa que salía á buscar la leche, el pan y el cisco sin hablar con nadie, se acostaba además con el sol, no recibía nunca cartas ni visitas y apenas frecuentaba á los vecinos. Era la suya una de esas vidas anónimas, entomológicas, como hay algunas en ciertas casas, donde, al cabo de cuatro años, se entera uno de que en el cuarto piso vive un señor anciano que ha conocido á Voltaire, á Pilastre de Rosier, á Beaujon, á Marcel, á Molé, á Sofía Arnoult, á Franklin y á Robespierre. Lo que los señores Marneffe acababan de decir acerca de Isabel Fischer, lo habían sabido á causa del aislamiento del barrio y de las relaciones que su apurada situación había establecido entre ellos y los porteros, con cuya amistad procuraban contar por la cuenta que les tenía. Ahora bien, la altivez, el mutismo y la reserva de la solterona, habían engendrado en los porteros ese respeto exagerado y esas relaciones frías que denotan oculto descontento en el inferior. Por otra parte, los porteros

se creían iguales á un inquilino cuyo alquiler no excedía de doscientos cincuenta francos. Las confianzas de la prima Bel á su primita Hortensia eran ciertas, y todo el mundo comprenderá que la portera, en sus conversaciones íntimas con los Marneffe, había podido calumniar á la señorita Fischer creyendo simplemente murmurar de ella.

Cuando la solterona recibió la palmatoria de manos de la respetable portera señora Olivier, avanzó un poco para ver si en las ventanas de la buhardilla que estaban sobre su habitación había ó no luz. A aquella hora, en Julio, estaba tan obscuro el patio, que la solterona no podía acostarse sin luz.

—¡Oh! esté usted tranquila, el señor Steinbock está en su habitación, pues ni siquiera ha salido—dijo maliciosamente la señora Olivier á la señorita Fischer.

La solterona no respondió nada, pues en esto seguía aún siendo aldeana, hasta el punto de burlarse del *qué dirán* de las gentes que estaban por debajo de ella, y del mismo modo que los aldeanos no ven más que su aldea, ella sólo se atenía á la opinión del pequeño círculo en que vivía. Subió, pues, resueltamente, no á su cuarto, sino á aquella buhardilla. He aquí por qué. A los postres había metido en su saquito frutas y golosinas para su enamorado, é iba á dárselas enteramente lo mismo que una solterona que lleva una golosina á su perro. Encontró, trabajando á la luz de una lámpara cuya claridad aumentaba pasando á través de un globo lleno de agua, al héroe de los sueños de Hortensia, á un joven pálido y rubio sentado en una especie de banco cubierto de las herramientas del cincelador, de cera roja, de cinceles, de pedestales y de cobres fundidos, vestido con una blusa y sosteniendo en las manos un grupito de cera, que contemplaba con la atención de un poeta extasiado en su trabajo.

—Tenga, Wenceslao, mire lo que le traigo—dijo colocando su pañuelo en el extremo del banco.

Después, sacó con precaución del saquito las golosinas y las frutas.

—Señorita, ¡qué buena es usted!—respondió el pobre desahogado con voz triste.

—Esto le refrescará, pobre hijo mío. Usted se pudre la sangre trabajando de ese modo, y no ha nacido para tan rudo oficio.

Wenceslao Steinbock miró á la solterona con aire asombrado.

—Pero, hombre, ¡coma usted en lugar de contemplarme como á una de esas figuras cuando le gustan!

Al recibir aquella especie de cachete en palabras, el asombro del joven cesó, pues reconoció entonces á su mentor hembra, cuya ternura le sorprendía siempre, tan acostumbrado estaba á ser tratado con rudeza. Aunque Steinbock tenía veintinueve años, parecía como todos los rubios tener cinco ó seis años menos, y al ver aquella juventud cuya frescura se había marchitado cediendo á las fatigas y á las miserias del destierro, unida á aquella cara seca y dura, había para creer que la naturaleza se había engañado al dar el sexo á aquellas dos personas. El joven se levantó y fué á tumbarse sobre un sofá Luis XV, cubierto de terciopelo de Utrech amarillo, cual si desease descansar.

Entonces la solterona tomó una ciruela claudia y la entregó cariñosamente á su amigo.

—Gracias—dijo éste tomando la fruta.

—¿Está usted cansado?—le preguntó dándole otra fruta.

—No estoy cansado del trabajo, sino de la vida.

—Vaya unas ideas—repuso la solterona con acritud.—¿No tiene usted un buen genio que vela por su persona?—añadió, ofreciéndole las golosinas y viéndoselas comer con gusto.—Mire, comiendo en casa de mi prima he pensado en usted.

—Ya sé que á no ser por su intervención, hace ya tiempo que estaría muerto—dijo dirigiéndole una mirada cariñosa y triste á la vez;—pero, mi querida señorita, los artistas necesitan distracciones.

—¡Ah! ¿ya estamos así?—exclamó interrumpiéndole, poniendo los brazos en jarras y fijando en él sus chispeantes ojos.—¿Quiere usted ir á perder su salud en los infiernos de París, como tantos obreros que acaban por ir á morir al hospital? No, no; haga usted una fortuna, hijo mío, y cuando tenga renta se divertirá, pues entonces tendrá dinero para pagar á los médicos y los placeres que tanto le gustan, como libertino que es.

Al recibir esta arremetida, acompañada de miradas que le inundaban de una llama magnética, Wenceslao Steinbock bajó la cabeza. Si la maledicencia más mordaz hubiese podido ver el comienzo de esta escena, habría reconocido ya la falsedad de las calumnias lanzadas por los esposos Olivier contra la señorita Fischer. Todos los acentos, los gestos y las miradas de aquellos seres acusaban la pureza de su vida

secreta. La solterona desplegaba la ternura de una maternidad brutal, pero positiva, y el joven sufría como un hijo respetuoso la tiranía de una madre. Aquella extraña alianza parecía ser el resultado de una voluntad poderosa sobre un carácter débil, sobre esa apatía propia de los eslavos, los cuales, al mismo tiempo que despliegan un valor heroico en los campos de batalla, dan pruebas de un increíble desorden en su conducta y de una blandura moral cuyas causas deberían estudiar los fisiologistas, pues los fisiologistas son á la política lo que los entomólogos á la agricultura.

—¿Y si muero antes de ser rico?—preguntó melancólicamente Wenceslao.

—¡Morir!—exclamó la solterona.—¡Oh! no le dejaría yo morir. Yo tengo vida para los dos, y si fuese necesario le daría mi sangre.

Al oír esta exclamación violenta y sencilla, las lágrimas humedecieron los párpados de Steinbock.

—Wenceslao mío, no se entristezca usted—repuso Isabel conmovida.—Mire, creo que á mi prima Hortensia le ha parecido muy bonito su sello. Vamos, yo haré que venda usted bien su grupo de bronce, y así quedará en paz conmigo. Hará usted lo que quiera, será libre. Vamos, riase.

—Yo no estaré nunca en paz con usted, señorita—respondió el pobre desterrado.

—¿Por qué no?—preguntó la aldeana de los Vosgos, fingiendo ponerse de parte del livonio.

—Porque usted no solamente me ha alimentado, me ha albergado y me ha cuidado en la miseria, sino que además me ha fortalecido, me ha hecho ser lo que soy, ha sido á veces dura conmigo, me ha hecho sufrir.

—¡Yo!—dijo la solterona.—¿Va usted á empezar de nuevo con sus tonterías acerca de la poesía y de las artes, haciendo castañetear los dedos y extendiendo los brazos como un loco para hablar de su hermoso ideal y de sus locuras del Norte? Lo bello no vale tanto como lo sólido, y lo sólido soy yo. ¿Usted tiene ideas en el cerebro? ¡Magnífico! yo también tengo ideas... ¿De qué sirve lo que se tiene en el alma, si no se saca de ello ningún partido? De este modo, los que tienen ideas no están más adelantados que los que no las tienen, si éstos saben moverse... En lugar de pensar en sus sueños, es preciso trabajar. ¿Qué ha hecho usted desde que yo me he marchado?

—¿Qué ha dicho su bonita prima?

—¿Quién le ha dicho á usted que era bonita?— se apresuró á responder Isabel con un acento que denotaba unos celos de tigre.

—Usted misma.

—Sí, se lo dije para ver la cara que pondría. ¿Tiene usted ganas de correr tras de las faldas? ¿A usted le gustan las mujeres? pues bien, fúndalas usted, consuele sus deseos contemplando el bronce, porque aun tendrá que pasarse algún tiempo sin amoríos, y sobre todo sin mi prima, querido mío... No es manjar éste para la boca de usted; ella necesita un hombre de sesenta mil francos de renta, y ya lo ha encontrado... Pero, ¡cómo! ¿está la cama sin hacer?—dijo mirando al otro cuarto.—¡Oh! pobre amigo mío, le he tenido olvidado.

Esto diciendo, la vigorosa joven se desembarazó de su manteleta, de su sombrero y de sus guantes, y como una criada, hizo en un instante la camita de colegial donde dormía el artista. Aquella mezcla de rudeza, de brusquedad y de bondad puede dar una explicación del imperio que Isabel había adquirido sobre aquel hombre, á quien consideraba como cosa suya. ¿No nos atrae la vida por sus alternativas de bueno y de malo? Si el livonio hubiese topado con la señora Marneffe en lugar de dar con Isabel Fischer, habría visto en su protectora una complacencia que le hubiese conducido por alguna senda deshonorosa en la que se habría perdido. No habría trabajado, y, por consiguiente, el artista habría seguido en embrión; así es que Wenceslao, al mismo tiempo que deploraba la áspera avidez de la solterona, se decía que debía preferir aquel brazo de hierro á la perezosa y peligrosa vida que hacían algunos de sus compatriotas.

He aquí las causas á que era debido el enlace de aquella energía femenina y de aquella debilidad masculina, especie de contrasentido que es al parecer bastante frecuente en Polonia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO VII

Aventura de una araña que encuentra en su tela una hermosa mosca demasiado grande para ella

En 1833, la señorita Fischer, que trabajaba á veces por la noche cuando tenía mucho que hacer, sintió á eso de la una de la madrugada un fuerte olor á ácido carbónico y oyó los lamentos de un moribundo. El olor á carbón y el estertor de la agonía provenían de una buhardilla situada encima de los dos cuartos que componían su habitación, y entonces supuso que un joven recién llegado á la casa y que habitaba dicha buhardilla, desalquilada hacía tres años, se estaba suicidando. Subió, pues, á toda prisa, hundiéndose sobre su catre pujones y encontró al inquilino retorciéndose sobre su catre en medio de las convulsiones de la agonía. La solterona apagó primeramente el brasero, abrió bien la puerta, y al renovarse el aire el desterrado quedó salvado. Luego, cuando Isabel lo hubo acostado y lo vió dormido, pudo reconocer las causas del suicidio en la desnudez absoluta de los dos cuartos de aquella buhardilla, donde no existía más que una mala mesa, el catre y dos sillas.

Sobre la mesa había este escrito, que ella leyó:

«Soy el conde Wenceslao Steinbock, nacido en Prelie, Livonia.

»Que no se acuse á nadie de mi muerte, pues las razones de mi suicidio están encerradas en estas palabras de Kosciusko: *Finis Poloniae*.

»El sobrino segundo de un valeroso general de Carlos XII no ha querido mendigar. Mi débil constitución me impedía el servicio militar, y ayer vi el fin de los cien talers con que he venido de Dresde á París. Dejo veinticinco francos en el cajón de esta mesa para pagar el alquiler que debo al propietario.

»Como no tengo parientes, mi muerte no interesa á nadie. Ruego á mis compatriotas que no acusen al gobierno francés, pues no me he dado á conocer como refugiado, no he pedido nada, no he encontrado á ningún desterrado y nadie sabe que vivo en París.